

EL PASEO DE LA MUERTE

«ENTRE 1976 Y DICIEMBRE DE 1983 LA
DICTADURA MILITAR EN LA ARGENTINA
SECUESTRÓ Y EJECUTÓ A MILES DE
PERSONAS QUE FUERON ENTERRADAS
COMO NN EN CEMENTERIOS Y TUMBAS
CLANDESTINAS».

~ EL RASTRO DE LOS HUESOS
LEILA GUERRIERO

José Arquímedes
Trujillo Arce

Domingo, el último de junio, —lo sabía—, porque tallaba los días en la pared. No nos dieron desayuno. Hacía frío en Buenos Aires. Me llevaron a un partido al Monumental. Querían ver si alguien me conocía para secuestrarlo. Por suerte nadie se me acercaba. Sudaba frío, rogaba porque algún compañero del colegio no fuera a caer en la trampa donde yo era el señuelo de las artimañas de la dictadura que quería legitimarse con la euforia de los goles que retumbaban en los estadios. Esa tarde «Kempes», de guapo como siempre, se puso gallito con la defensa holandesa—«rompiendo el celofán»—. Su olfato de alta precisión, siempre lo colocaba en el lugar correcto y su zurda no perdonaba cuando tenía frente el arco, esa tarde levantando los brazos y su melena al viento, lo colocaban en el pedestal de los dioses. Los ecos de sus goles alcanzaban a llegar al campo de Concentración Argentino, —que quedaba a diez cuadras del estadio—. Es tan poderoso el grito de un gol, que callaban los gritos de terror de los desaparecidos. —El balón estaba manchado con sangre—. Muchos ex jugadores con muchos calendarios encima —reconocerían que habían sido marionetas del dictador—. Mi padre nunca volvería al monumental.

El director de la cárcel tuvo un gesto tan humano que instaló dos televisores, uno en el sótano del comedor a pocos metros del anfiteatro para que las tibias y fémures, vértebras y pedazos de costillas todos perforados de balas dejaran de ser restos de infamia y se calentaran con la euforia que despertaban los gritos que salían del televisor. Un día me desperté gritando, bañado de sudor veía cómo un enjambre de abuelas —magulladas por el dolor— buscaban a sus hijos en el cementerio de Avellaneda, que se había vuelto un exhumadero colectivo. Comprendí entonces que ya todos estábamos muertos. Solamente éramos reciclaje de huesos triturados. —Eso nos pasó por meternos a redentores—.

Colocaron otro televisor en la parte de arriba conocida como «La pece-
ra». Nos negaban todos los derechos, —inclusive el de una letrina—; pero no el que nos gustara o no el fútbol. Era lo mismo que pensaban los manoseados directivos de la FIFA, con su mensaje hipócrita y comprado por la dictadura: «Por fin el mundo puede ver la verdadera imagen de Argentina»—. «João Havelange», había mandado la postal perfecta al mundo. Mientras Videla los condecoraba.

Me habían tapado las cicatrices con un vestido de paño, que me quedaba nadando, ya era solo un montón de huesos. Mi cara era un lienzo de dolor. El día del partido inaugural un enviado especial de la televisión holandesa cambió el Monumental por la Plaza de Mayo, donde las Madres cada jueves marchaban en ronda reclamando a sus vástagos. —¡Dios mío!—, Jorge, el compañero con que habíamos marchado contra la dictadura desde lejos levantó la cabeza, me había reconocido. A pesar que su padre trabajaba como empleado público el pibe, le había salido revolucionario. —¡No... Por Dios!—, se abría campo esquivando a las personas, venía directo a la trampa, a las mandíbulas de los perros; pero gracias a DIOS, faltando escasos metros de quedar atrapado en la telaraña con la que me tenían cercado, se dio cuenta que estaba rodeado de la policía secreta que por más que se habían vestido de hinchas, no podían tapar su sarna y su hediondo sudor que olía a muertos. De pronto como si hubiese sufrido una epifanía sintió el peligro y habilidosamente disimuló y siguió derecho ignorándonos. No tuvimos ni la oportunidad de mirarnos, todos eran sospechosos, enemigos de la máquina que trituraba huesos. La esperanza volvió. Por lo menos alguien fuera de las mazmorras era una esperanza para que otras manos levantaran «los lápices».

—«Queremos saber dónde están nuestros hijos, vivos o muertos»—. El

grito de batalla de las madres, que ni la dictadura ni el fútbol podían callar. En la pizzería se gritaban «¡el que no salte es holandés!». Igual que saltaba el dictador Jorge Rafael Videla, cuando en ese inolvidable 25 de junio de 1978 Argentina venció a Holanda y levantaba la copa. Muchos estudiantes de la escuela Normal Número 3 de la Plata, aprendimos a saltar; pero para evitar las balas. Muchas familias se preocupaban porque sus hijos no fueran a ser amigos de algún fulanito que lo fuera a comprometer y terminara metido en la mazmorra de la muerte de La escuela Superior de Mecánica de La Armada.

En un momento con vergüenza y morbo me alcancé a alegrar cuando el equipo de César Luis Menotti, levantaba las manos en señal de triunfo avivando a los miles de empleados públicos; becarios del presupuesto público, asalariados dóciles que la dictadura minuciosamente había metido a los estadios. A los demás nos tenían secuestrados o desaparecidos. Cuando terminó el partido, —que terminó en alargue— igual que mi vida. Me llevaron de nuevo al calabozo. Se había terminado el paseo de la muerte. Por lo menos esta vez no me subieron a un avión y me desaparecieron en el mar. Me volvieron a poner los grilletes en los pies y cadenas en las manos y todo volvió a ser oscuro.